

VIAJE A MIS ORIGENES BEARNESES

(Voyage a mes origines bernaïses)

Por: Jorge ANDREGNETTE

1) A manera de prólogo.

Inolvidables jornadas las de aquel agosto del 2006. En aquella tibia mañana, después de doce horas de viaje desde la Gare Cornavin en la lejana Ginebra, cuando entraba mi tren en la Gare de Pau, experimenté una casi intransmisible sensación. Si, desde aquellas cercanas y milenarias cumbres pirenaicas parecía llegar a mi el lejano y casi apagado eco de las voces de aquellos mis ancestros que habían partido de allí, hacia América, a lo desconocido, hace ya mas de ciento cincuenta años.

Por tanto, ¿como transmitir lo que se siente? En el andén, finalmente, al encontrarme con Marie-Christine Andregnette, la bearnesa europea que esperaba aquel tren que transportaba a aquel "cousin", bearnés americano, comenzó aquel verdadero milagro del encuentro de las generaciones, unas en la vieja Europa, otras en la joven América, pero ambas del mismo tronco fecundo. Por tanto, en mi caso, mas allá de lo accesorio y trivial, -que sería el anunciar lo que llegaron a hacer en América mis ancestros bearneses, si fueron labradores, humildes menestrales o profesionales destacados, pues tal cosa importa poco,- me dediqué a vivir en plenitud aquel irrepitible momento.

Era cierto, estaba yo pisando aquel suelo de "mes ancêtres",y por tanto, a alegrarme de lo que Dios me brindaba, y a Dios di las gracias. Entrando ya en Pau, se encuentra una ciudad del interior francés, bien a la escala humana, con avenidas con tránsito moderado, muy enjardinada. Su casco antiguo, su gran explanada frente a la "Caserne", destacamento militar, son realmente agradables.

Ni que hablar del "Boulevard des Pyrénées", con el incomparable marco del macizo pirenaico, cuadro natural permanente, a todas luces hermosísimo, y el Castillo de nuestro buen Enrique IV, cuya presencia se respira en muchos lugares, y de quien cuenta la tradición fue bautizado allí en su Béarn natal untando sus infantiles labios con ajo y vino Jurançon...

Ondeaban en balcones, junto a la tricolor francesa, el oriflama de nuestro Béarn, con la silueta de la "blonde d'Aquitaine",el ganado tradicional de la región, al que tendría

oportunidad mas adelante de contemplar en directo, pastando plácidamente en las estribaciones de aquellas montañas entre las que iba a vivir mis inolvidables días.

2) Orriule: (Maison Pélut) casa de mis ancestros, de 1656.

Cuando el Ford "Focus", conducido por Marie-Christine Andregnette se alejó de la Gave de Pau, junto al Castillo de Henri IV, para tomar rápidamente por la Autopista A-64, hacia el poniente, en dirección a Orriule y Andrein, experimenté esa sensación de que aquel veloz móvil me acercaba cada vez mas a mis ancestros, recorriendo los poco mas de sesenta kilómetros que nos separaban de esas localidades bearnesas, en plena campaña.

En camino, me entretuve, comentando con Marie-Christine, -que no habla una palabra de español a pesar de la cercanía con España,- tratando de determinar las localidades a que pertenecían las matrículas de los coches que nos sobrepasaban, por los últimos números de sus placas: 64 del Béarn, 75 de París, 74, Haute-Savoie, etc. por cierto que acerté bastante....modestia aparte.

Sin perjuicio, naturalmente, de las explicaciones minuciosas de ella sobre los lugares que íbamos dejando a los costados de la magnífica ruta, lo que realizaba por cierto, con su precisión de ingeniera. Me señaló el Mont du Midi, a los lejos, en la cadena pirenaica, alta montaña, donde según me expresó existe un observatorio astronómico en donde tuvo oportunidad de pasar dos días inolvidables. Por cierto, un lugar aislado del mundo, con nieves eternas, por lo que podía observarse desde el coche.

Finalmente, dejamos la autopista y tomamos caminos secundarios, de perfecto bitumen con pendientes y subidas bastante empinadas, algo totalmente exótico para nosotros. Disminuyendo la velocidad, pero no tanto como yo lo hubiera hecho de estar al volante...El conductor acostumbrado a ruta de montaña tiene habilidades que nosotros no tenemos, por cierto. Finalmente, arribamos a Orriule, a la "maison Pélut", donde esa noche cenaríamos, en compañía de otros miembros de la familia, que serían doce, en total.

Esa casa, de tejado típico del Béarn, con su frontispicio en el que lucía, con los guarismos de época, el año de su construcción: "1656", no podía menos de dejarme estupefacto, por decir algo, cuando apareció, por fin luego del tortuoso camino de altos y añosos castaños que la rodea. Pues bien, en aquella casa de dos plantas, de una antigüedad de 350 años, iba yo a cenar esa noche y además, a pernoctar en la habitación de su planta alta. Pleno verano, de una tarde magnífica, tenía por cierto, bastante luz para disfrutar de los alrededores.

Me recibe en la puerta, de increíble y perfectamente conservado diseño y cerradura de época, la "tante Jeanne", a quien no pude creer, -no por galantería,- que tenía los mas de ochenta años que me había señalado con anterioridad Marie-Christine. Como uno más de la familia, como si me conocieran desde muchos años antes, penetré en aquel recinto de los ancestros Andregnette, por donde ellos habían transitado, si, no era un sueño, por más de tres siglos, bajo soles o nevadas.

3) En Orriule y Andrein.

Como ya lo exhibimos en la última reunión, en fotos, la casa solariega presentaba aquel aspecto que casi no puede transmitirse por imágenes. Es necesario habitar en ella, vivirla, como lo hice en aquella ocasión inolvidable.

La cena familiar, con toda aquella familia reunida en torno a la mesa, bajo la lámpara de época que irradiaba aquella suave tonalidad dorada, y las especialidades del lugar: lomo de cerdo, preparado con una salsa cuyos ingredientes son, según la tía Jeanne, tomates, "piments"(pimientos) y "aubergines"(berenjenas) todo bien regado con aquel generoso Jurançon, de inigualable sabor, tanto el rojo como el blanco.

Al postre, el queso, con las "confitures", también de la tía Jeanne, una copa de champagne y café, que toman en una cantidad que podría quitar el sueño a quien no estuviera acostumbrado a esas dosis.

Luego, al retirarme a descansar después de aquella larga noche anterior en ferrocarril, confieso que a pesar del cansancio, no dormí enseguida. Es perfectamente explicable: en el silencio de aquella casa de campaña flotaba la presencia de mis anteriores generaciones. El recuerdo de ese 1656, de la puerta de entrada, y en especial, el recuerdo de aquel Jean Andregnette, soldado en la Gran Guerra 1914-1918, cuyo diploma se encontraba sobre la repisa de la estufa de mi cuarto, y que rezaba lo siguiente: "Le soldat tambour ANDREGNETTE, Jean, de la 3ème Compagnie. Au front depuis le début de la campagne, pris part aux combats de Thuin (août 1914) Vauclerc (sep.1914), Verdun (Mai 1916), Graonne (Mai 1917) et s'y est comporté en brave soldat. A l'armée, le 11 janvier 1918. Le lieutenant colonel Meurisse Cmdt. de la 34 Regiment d'Infanterie." Sobre el marco, la Croix de Guerre y otra condecoración que decía: "En hommage" 11 Novembre 1918 , Basses Pyrénées." Indudablemente, muchos recuerdos rondaban aquella casa. Pero, y esto es lo extraordinario, sintonizando aquel silencio, con espíritus amigables, dormí sin interrupción un reparador sueño hasta que despuntó el alba, y el aroma del café que subía desde la planta baja, por supuesto apresuró mi descenso donde ya se encontraban la tía Jeanne y Charles Pédezert Andregnette, desayunando alegremente.

Una jornada para ver todo lo que pudiera ver, me esperaba. En primer lugar, en coche, acompañado por Marie-Christine y la tía Jeanne, nos dirigimos a Andrein, distante unos dos kilómetros, lugar de donde deriva nuestro apellido, en el que junto a una pequeña iglesia medieval se encontraba el cementerio, con cruces y lápidas donde el apellido Andregnette era casi exclusivo, por supuesto.

Lápidas de los "Anciens Combatants", que homenajeaban a sus camaradas caídos en batalla, y una columna con los apellidos "des enfants d'Andrein" caídos en las Guerras, Primera y Segunda, encabezada también por un Andregnette.

4) Sauveterre y Salies du Béarn.

Sobre la mesa familiar en la que compartimos las comidas con aquella mi familia bearnesa, "la tante Jeanne" me iba a dar una agradable sorpresa: en un álbum se conservaban, cuidadosamente guardadas, las fotos y las cartas intercambiadas durante la visita de mi padre, Alfredo Andregnette, al Béarn, en el año 1972. También me obsequió, con dedicatoria, el libro: "Dictionnaire Etymologique des noms de famille gascons", donde en su pag. 40 encuentro la etimología de mi apellido: "Andreu: Forme occitane du latin Andreas, (en français André)...Originaire du village d'Andrein (canton de Sauveterre) ou d'une maison portant ce nom. Ce patronyme a été porté par un pasteur protestant au 17e.siecle."

Luego, en aquella esplendorosa mañana del verano bearnés, partimos, en el coche, acompañado por Marie-Christine y la tía Jeanne hacia Sauveterre de Béarn, Salies de Béarn y Orthez. Sauveterre presenta aquel aspecto fortificado medieval que es inolvidable: su Puente de la Leyenda, con el recuerdo de la ordalía, su iglesia, en una combinación admirable de románico y gótico, con su fachada con la "porte des cagots", donde se dice se recibía con caridad cristiana a los rechazados sarracenos (o, según otros, a los visigodos, mal cristianizados, al responder a la herejía arriana).

También su Tour Monréal, del siglo XII y 33 metros de altura.

Luego Salies de Béarn, con su salinas naturales, que se rigen por una ordenanza que data de 1587, donde la cabeza de un jabalí, de donde mana agua, nos recuerda la tradición del animal que, herido de muerte por cazadores es encontrado intacto, mucho tiempo después de su muerte, conservado gracias a la salinidad de suelo y aguas de esa región. También su Estación de Baños Termales, en donde una gran placa de mármol a su entrada recuerda a la posteridad la figura de la Emperatriz Eugenia de Montijo, esposa de Napoléon III.

Finalmente Orthez, con su Torre característica, edificada en el año 1250 por Gaston VII de Moncade, vizcondes bearneses cuya familia domina entre los años 1173 y 1290. Todas fortificaciones, tanto en Sauveterre como en Orthez, con la "gave", a sus pies. Pues bien, partí, al llegar a la Gare de Pau, con aquella mezcla de alegría y nostalgia y el propósito de volver cuanto antes.

En estos momentos recibo, con emoción y cariño, una extensa y sentida carta, de puño y letra de la tía Jeanne, algunos de cuyos párrafos no resisto transcribir: "Bien cher Jorge:.....Dejà ton père avait fait une première démarche, puis des événements ont fait que la correspondance c'est arrêtée."...Il semble qu'un désir plus fort t'a conduit a vouloir marcher sur la terre de tes grands parents....Bien cher Jorge, je t'embrasse affectueusement je te dés aussi Joyeux Noël pour toi et toute ta famille. J.Andregnette."

Si, es cierto, nada tan certero y claro como esas palabras de la buena tía bearnesa: "Parece que un deseo mas fuerte te ha conducido a marchar sobre la tierra de tus abuelos....." Si, esa fuerza de los ancestros que nos viene de no sabemos donde, y busca saber como eran, donde estuvieron, cual era el paisaje y la rica tradición histórica que los rodearon y quedó para siempre en nuestra carne y en nuestra sangre.

Gracias al Altísimo por este inmerecido privilegio que nos concedió su inmensa Gracia.

Fin de "Viaje a mis orígenes bearneses."

Jorge ANDREGNETTE